

CAPÍTULO XVI

Trigésimoprimer virey D. Juan de Ortega Montañés, obispo de Michoacan.—
Trigésimosegundo virey D. José Sarmiento Valladares, conde de Moctezuma y de Tula.—Provee la ciudad de trigo y maíz.—Establecen los jesuitas misiones en Californias.—Erupcion de fuego del Popocatepetl.—Muerte de D. Carlos de Sigüenza y Góngora.—Grado de adelanto en que se hallaba la Nueva España.—Número de habitantes que tenia la capital.—Ilustres mejicanos que florecieron en el siglo xvii en ciencias y literatura, y el bello arte de pintura.—Mejicanas que se distinguieron por su saber.—Se contesta á los errores en que han incurrido algunos escritores con respecto á la educacion de las mujeres mejicanas.—Que no existia la tirania en Méjico ni podia existir.—Que la acusacion de que el país estaba tiranizado ha sido inventada despues como arma politica.—Que los mejicanos veian entonces las glorias de España como propias.

Desde 27 de Febrero de 1696 hasta 1700 inclusive

El año de 1696 empezó dejando sentir la escasez de los artículos de primera necesidad, que subieron á un precio demasiado alto para la gente pobre. La carga de maíz

valia el mes de Febrero diez duros, cuando generalmente no pasaba su valor de seis reales; la harina treinta duros; la cebada siete; la alubia, llamada allí frijol, de veinticinco á treinta duros, y el azúcar á diez. Esta carestía, proveniente de la falta de lluvias del año anterior y de las heladas que cayeron en Setiembre, llenó de aflicción á la gente pobre. Por fortuna la cosecha del año de 1696 fué abundante, y ya el mes de Agosto bajó la harina á catorce duros, dando los panaderos diez y seis onzas de pan por medio real fuerte, observándose la misma baja relativa en todos los demás artículos.

Varias habian sido las expediciones enviadas á las costas de California por algunos de los anteriores vireyes, sin que hubiesen dado resultado ninguno favorable. Viendo la esterilidad de aquella tierra, nadie habia querido quedarse á colonizar; y los indios, cuya índole era apacible y dulce, continuaban sin recibir la luz de la civilización. El provincial de la Compañía de Jesús, movido del noble deseo de llevarles las morales máximas de la religion cristiana, solicitó del virey que le permitiese enviar á predicarles la doctrina del Crucificado y separarles de la idolatría. Los promovedores de aquella noble idea eran los padres jesuitas Kino y Juan María de Salvatierra. Concedido el permiso, con limosnas que colectaron, tomaron á su cargo establecer las misiones y civilizar aquel país entregándose á la enseñanza de la religion y á los ramos útiles á la sociedad.

Pocos dias despues de haberse dado ese paso importante para derramar la luz del saber en los dóciles indios de las Californias, llegó á Veracruz D. José Sarmiento

VIREYES DE MÉJICO



31. D. Juan de Ortega Montañés — 32. D. José Sarmiento Sotomayor, conde de Moxtezuma y de Tula. — 33. D. Juan de Ortega Montañés — 34. D. Francisco Fernández de la Cueva Enríquez, duque de Alburquerque. — 35. Fernando de Alencastre Noroña y Silva, duque de Linares y conde de Peñafiel. — 36. Don Baltasar de Zúñiga, marqués de Valera y conde de Aranda. — 37. Juan de Acuña, marqués de Casa Fuerte. — 38. D. Jean Antoine de Narbonne y Eguízarreta. — 39. D. Pedro de Castejo y Figueroa, duque de la Compañía y marqués de Gracia Real. — 40. D. Pedro Cebrián y Agustín, conde de Faro-Ciria.

valia el peso de febrero diez duros, generalmente no pasaba su valor de seis reales; la barra treinta duros; la onza siete; la alabia, llamada allí tejol, de veinte y cinco duros, y el azúcar a peso. Esta moneda era de la falta de plata, y se acuñaba en México.

icci.

96

á

quella tierra
nizar; y los in
ce. Inueh

VIREYES DE MÉJICO



J. F. Párrés - Editor.

H.M.

Lit. M. Pujadas - Barcelona.

- 31. D. Juan de Ortega Montañés. — 32. D. José Sarmiento Valladares, conde de Motezuma y de Tula. — 33. D. Juan de Ortega Montañés. — 34. D. Francisco Fernández de la Cueva Enríquez, duque de Alburquerque. — 35. D. Fernando de Alencastre Noroña y Silva, duque de Linares y marqués de Valdefuentes. — 36. Don Baltasar de Zúñiga, marqués de Valero y duque de Arión. — 37. D. Juan de Acuña, marqués de Casa-Fuerte. — 38. D. Juan Antonio de Bizarrón y Eguiarreta. — 39. D. Pedro de Castro y Figueroa, duque de la Conquista y marqués de Gracia Real. — 40. D. Pedro Cebrián y Agustín, conde de Fuen-Clara.

Valladares, conde de Moctezuma y de Tula, que marchaba á suceder en el mando al obispo virey.

1697. El nuevo gobernante hizo su entrada pública en la capital de la Nueva España el día 2 de Febrero de 1697. Le acompañaba su esposa D.^a María Andrea Moctezuma Jofre de Loaisa, tercera condesa de Moctezuma, cuarta nieta del segundo emperador de Méjico de este nombre, por su hijo D. Pedro Johualicahuatzin Moctezuma.

Marchaba el virey á caballo, como era costumbre; pero al llegar á un hermoso arco que se habia puesto en Santo Domingo, se asustó el corcel, derribando al ilustre jinete. Los aficionados á augurios hubieran pronosticado pocas venturas al nuevo gobernante, y hubieran dado fé á la supersticion con algunos hechos que siguieron al contratiempo sufrido. Dos terribles temblores se sintieron el 25 y 26 de Febrero, y cinco meses despues, el 16 de Julio, murió de viruelas una hija del nuevo gobernante, llamada Fausta Dominga, dejando inconsolable el corazón del noble virey.

Para aumentar la aficcion del conde de Moctezuma se agregó, á las desgracias anteriores, la escasez de granos, y en consecuencia la carestía de los comestibles. La cosecha del trigo y del maíz se habia perdido en el año anterior; y el pueblo, acosado por la necesidad, se agolpó el 12 de Marzo en la plaza Mayor, pidiendo á gritos pan, debajo de los balcones de la casa del gobernante. El conde de Moctezuma, temiendo que se repitiese la escena acaecida cinco años antes, hizo colocar algunos cañones

en las bocacalles, y por medio de personas á quienes la plebe queria y respetaba, logró persuadir á la multitud á que se retirara, ofreciéndola poner todos los medios para remediar el mal. Calmadas así las pasiones, ordenó á los cosecheros que enviasen á la ciudad el trigo y maíz que tuvieran, con lo cual quedó abastecida la poblacion. Llegado el mes de Mayo, el trigo nuevo y maíz de tierra caliente, en que se dan dos cosechas al año de ambos granos, se repartian á puerta cerrada en la alhóndiga á la gente mas necesitada, presenciando el reparto algun individuo del Ayuntamiento. Por fortuna fué abundante el año en granos, y el virey mandó entonces que se aumentase el peso del pan.

Entretanto el palacio de los vireyes habia terminado de reedificarse, y el conde de Moctezuma, dejando las casas del marqués del Valle, donde se habia alojado, pasó á habitarlo, habiendo sido bendecido el edificio el 23 de Mayo por el arzobispo.

Por el mismo tiempo se verificó la expedicion del padre jesuita Juan María de Salvatierra y sus compañeros á las Californias. Despues de una larga y penosa navegacion, llegaron los dignos misioneros á los puertos de la Concepcion y de San Bruno. Viendo que la tierra era espantosamente estéril, por consejo del jefe de la escuadra y de los soldados que debian guarnecer el punto en que se situasen, fueron á dar fondo al puerto de San Dionisio, que juzgaron con las condiciones necesarias para fundar la colonia. Verificado el desembarco, se tomó posesion de la tierra en nombre de Carlos II, con las ceremonias acostumbradas, y el padre Salvatierra, por la devocion que

tenia á la Virgen, bajo la advocacion del Loreto, le dió este nombre al puerto. La ciudad, así formada, fué la capital de aquellas vastas provincias, de donde los jesuitas misioneros, esparciéndose por los lejanos pueblos, lograron con sus virtudes, su abnegacion y su apostólica bondad, sembrar la semilla de la civilizacion entre los dóciles indígenas, hasta su salida de la Nueva España, donde dejaron grata memoria de los beneficios hechos á la sociedad.

En los mismos dias en que la expedicion se hizo á la vela para las Californias, se recibió en Méjico la noticia de haber llegado sin novedad á España la flota que el año anterior habia salido de Veracruz, conduciendo grandes caudales del comercio y de la corona. La nueva fué grata para los comerciantes y el gobierno. El oro, plata y géneros que condujo esa flota pagaron de derechos, en Cádiz, cuatrocientos doce mil duros.

Tambien los individuos entregados á la explotacion de las minas tuvieron un motivo de alegría poco tiempo despues. El 16 de Octubre llegó á Veracruz una flota española, conduciendo entre el cargamento que llevaba, mil doscientos quintales de azogue que se estaban esperando con ansiedad. A estos felices sucesos para el comercio y los mineros, siguió uno que produjo bastantes males á los agricultores de las cercanías del volcan de Popocatepetl. La colosal montaña hizo el 20 de Octubre una erupcion de fuego, que destruyó las sementeras de las cercanías con las abrasadoras cenizas que arrojó sobre los sembrados.

1698. Las cosechas, entretanto, habian sido abundantes en todas las provincias, y el pueblo se hallaba

tranquilo y contento entregado á sus diarias ocupaciones. Para complemento de la alegría, se recibió la noticia, notoriamente importante para los comerciantes, de haberse celebrado la paz entre España, Francia, Inglaterra y Holanda. El comercio de la Nueva España y de la Península habian sufrido mucho con la guerra, exponiendo sus capitales á que cayesen en manos de los corsarios. La nueva se celebró en Méjico con fiestas y regocijos, y todos los giros recobraron pronto su pasada actividad y vida.

1699 y 1700. Corrió tranquilo el año de 1699, sin que ningun suceso desgraciado alterase en lo mas leve la marcha serena y próspera de la Nueva España. Con igual ventura se presentó el siguiente de 1700. Los campos se veian cubiertos de ricas mieses, y la cosecha del anterior habia sido abundante en trigo y en maíz. Tambien para los mineros se mostró favorable, pues llegaron al puerto dos buques, uno con tres mil quintales de azogue, y el otro con dos mil cuatrocientos noventa y cuatro quintales del mismo fluido metal.

Pero si la agricultura y la minería tenian motivo para regocijarse, no así la literatura y las ciencias, que perdieron pocos dias despues una de sus principales lumbreras. El 22 de Agosto, á las doce de la noche, falleció en Méjico, á los cincuenta y cinco años de edad, el excelente literato, gran matemático y distinguido sabio mejicano Lic. D. Cárlos de Sigüenza y Góngora, de cuyas obras y saber me ocuparé al terminar este capítulo, así como de los notables hijos de la Nueva España que figuraron en el siglo xvii. El edificio en que murió fué el hospital

de San Juan de Dios, de que era capellan mayor, actualmente «Academia de San Cárlos». Estando en cama, profesó en la Compañía de Jesús, en la que habia estado siete años, y habia dejado la ropa en el de 1667 por acompañar á su padre, que era español de nacimiento. Al morir, repartió por mano de sus albaceas crecidas sumas á los hospitales, á los pobres, á los presos y para obras pías. Asistieron á sus funerales los doctores de la Universidad, los ministros del Santo Oficio y todas las personas notables de la sociedad. Fué enterrado en el colegio de los jesuitas de San Pedro y San Pablo, en la capilla de la Purísima.

Ningun otro acontecimiento digno de mencionarse se verificó en la Nueva España durante el año 1700. El país disfrutaba de tranquilidad completa, y á la benéfica sombra de la paz, los diversos ramos de la industria, así como la agricultura, las artes, las ciencias y las letras prosperaban. La poblacion indígena habia ido en aumento, como queda probado por el informe del marqués de Mancera, y la sola capital de Méjico contaba, sin incluir la poblacion blanca, doscientos mil habitantes, debiendo pasar, sin duda, el número total, de doscientos cincuenta mil (1).

El siglo xvii terminaba presentando á Méjico como uno de los países mas ricos y grandes, que iba á la vanguardia de la civilizacion de los pueblos de la América, y al nivel, en ciencias y en letras, de los mas cultos de

(1) Variedad de mixtos, cuyos nombres definen sus grados y naturalezas, cuyo número llega en solo Méjico á doscientas mil almas.» - Instruccion del marqués de Mancera á su sucesor.

Europa. De sus notables universidades y colegios levantados en la capital, en Guadalajara, Mérida, Guatemala, Michoacan, Puebla, Oajaca, Querétaro y otras ciudades, habian salido hombres verdaderamente notables que honraban la república de las letras, siendo el orgullo del bello país en que nacieron, y muchos de ellos admiracion de los sabios de las naciones del Viejo Mundo. Consignados de ya los nombres de los sabios escritores pertenecientes á la pura raza india, que brillaron en la Nueva España al terminar el siglo xvi; voy á dar á conocer ahora á los que, participando de la sangre española y azteca, que forman la sociedad blanca del país, que en nada cede á la europea, brillaron por sus virtudes, por su ciencia y por su ingenio en el siglo xvii.

Empezaré por el sabio y excelente escritor D. Luis de Sandoval Zapata, que vivió á principios de él, y que escribió un sentido romance á la muerte de los hermanos Avila, principales jefes de la llamada conjuracion del marqués del Valle. Beristain, en su *Biblioteca Hispano-Americana setentrional*, al hablar del ilustre literato, dice que era «mejicano y de las mas ilustres familias de Nueva España». De él escribió el padre Fr. Francisco de Florencia, en su *Estrella del Norte*, que fué excelente filósofo, teólogo, historiador y político, y de un espíritu poético tan alto, que pudo igualar á los mejores poetas del siglo. Era dueño de una hacienda ó ingenio de azúcar, y aludiendo á esto y á su talento, y tambien á su genio y carácter pródigo, dijo un discreto: *Que de dos grandes ingenios que Dios le habia dado, el uno le habia hecho rico, y el otro le habia reducido con su familia á la mayor pobreza.*

Don Juan Arriola, nacido en Guanajuato, se hizo notable por sus bellas producciones en verso, así dramáticas como líricas. Entre las primeras se cuentan dos comedias intituladas: *No hay mayor mal que los celos*, y *La Cátedra de Cristo*. Entre las segundas se conservan los catorce sonetos con que glosó el excelente soneto de Santa Teresa, atribuido á San Francisco Javier, que empieza: *No me mueve mi Dios para quererte.*

Don Gabriel Bonilla, profesor de matemáticas y de astronomía, publicó varios instructivos almanaques y pronósticos, y una disertacion cometográfica, con motivo del que apareció en Méjico en Diciembre de 1652.

Don Manuel Leon construyó en 1696 varias máquinas ingeniosas y útiles para fundiciones, molinos, desagües de minas y conduccion de aguas. Fué el primero que en Méjico ensayó el oro sin el auxilio del fuego.

Farfan escribió un tratado de medicina y de todas las enfermedades, en 1604.

Don Estéban Avilés escribió la historia de Guatemala, desde los tiempos de los indios hasta la fundacion de la Provincia de franciscanos.

Otro Avilés, llamado D. José, poeta de agudo ingenio, cautivó con sus graciosas poesías, entre las cuales se encuentra su *Canto pastoril*, produccion de indisputable mérito, impreso en Méjico en 1682.

Don José Javier Becerra desempeñó los mas elevados puestos en la Universidad, en el tribunal de la Inquisicion y en los cabildos de Guadalupe y de la Metropolitana; fué consultor del Concilio mejicano, y entre las varias obras ascéticas llenas de erudicion que escribió